

# EL ARTE SUPREMO DEL GATO

(traducido por Moriji Funakawa)

Érase una vez un samurái llamado Shoken, practicante del arte de la espada, el *kenjutsu*. Un día apareció por su casa una rata enorme que hasta de día correteaba por todos lados. Shoken la encerró en una habitación y soltó al gato para que la atrapara. Ocurrió lo inesperado: la rata, saltando sobre el gato, lo mordió tan cruelmente en la cara que éste, gimiendo, escapó a toda prisa.

Reconsiderando la situación, Shoken llamó entonces a varios gatos de la vecindad, afamados cazadores, y los introdujo en la habitación para que la capturasen. La rata se fue a un rincón en postura de combate, saltó encima de sus atacantes y les clavó los dientes. Todos los gatos, acobardados, huyeron.

El samurái, encolerizado, cogió entonces su espada de madera (*bokken*) para golpear a la rata feroz. Ésta se defendió tan bien, saltando entre los brazos que sujetaban la espada y esquivando el ataque, que el samurái únicamente consiguió destrozar las puertas correderas y todos los enseres de la habitación. En el combate la rata demostró una imaginación desbordante: se tiraba en plancha, salía volando por los aires y corría como un relámpago. Tal era su vitalidad que, si Shoken se hubiera descuidado, se le habría echado a la cara y le habría mordido.

Empapado en sudor, desesperado, Shoken llamó a su criado y le dijo: "A poco menos de un kilómetro de aquí hay una casa en una esquina. Allí vive un gato que dicen de máxima eficacia en estos asuntos. Por favor, pídelo prestado". El criado salió de inmediato y lo trajo. A pesar de su fama, era un gato ya viejo que no aparentaba gran inteligencia, mucho coraje o maestría alguna. Shoken vaciló un momento, pero acabó por entreabrir la puerta, soltándolo en el cuarto donde la rata campaba a sus anchas.

¿Quién iba a pensarlo? Aquella rata tan descomunal, fiera y astuta se quedó de piedra, como paralizada. El gato con toda sencillez se acercó, la agarró tranquilamente del pescuezo y la arrastró a los pies de Shoken.

Aquella misma noche, los gatos implicados en la cacería se reunieron en casa de Shoken. Ofrecieron al gato viejo el sitio de honor, se arrodillaron a su alrededor y le dijeron:

"Creíamos que nadie nos superaba en la captura de ratas. Día y noche nos entrenamos en el arte de la caza no sólo de ratas, sino también de comadrejas y nutrias. Sin descanso afilamos nuestras garras y nos ejercitamos sin tregua. Sin embargo, de nada ha servido frente a esta rata tan feroz como ágil. Nunca nos habíamos encontrado con un contrincante de esta talla. Le rogamos nos explique con qué arte y técnica ha podido deshacerse de ella tan fácilmente. Le suplicamos se digne a enseñarnos sin reservas su arte supremo y maravilloso".

Ante esta petición tan sincera como respetuosa, el gato viejo se echó a reír y respondió:

“Todos sois muy jóvenes aún. Al parecer, habéis luchado con total entrega, pero escasos resultados. Veo que no habéis aprendido el método correcto, sin embargo, antes de enseñaros nada, quisiera saber cuál fue vuestro entrenamiento”.

Uno de los gatos, de pelo negro y considerado de los más ágiles, dio un paso al frente y contó lo siguiente:

“Nací en una conocida familia de cazadores de ratas. Me he entrenado con dedicación con el fin de dominar el arte de la caza: me he adiestrado en saltar por encima de un biombo de dos metros y en colarme por agujeros angostos. Desde la infancia me ejercito mediante varias técnicas tales como la acrobacia o la reacción relámpago y ya no hay táctica ni destreza física que no domine. En la captura de rata a veces ataco por sorpresa, nunca he fallado, ni siquiera con las que corren por las vigas. Pero esta rata poderosa me ha infligido tal derrota que no la olvidaré en la vida. Me abruma la vergüenza”.

El gato viejo le respondió:

“Bueno, por lo que veo, tu entrenamiento se ha fundamentado únicamente en las formas y los movimientos superficiales, en la técnica. Por ello, aún no te encuentras libre de la intención de atacar. Los antiguos nos han legado las posturas y movimientos para que, conociendo este principio fundamental, descubriésemos los arcanos del arte marcial. Por esta razón, si bien las formas, las posturas y los movimientos resultan sencillos, en su interior esconden la quintaesencia del arte. Si en adelante sigues por el camino actual, aferrándote a las formas y los movimientos técnicos, entusiasmándote por la invención de técnicas nuevas, insistiendo en tus facultades personales y considerando que las enseñanzas de los maestros y de tus compañeros adelantados resultan cortas, al final tu técnica y tu arte serán los de la competición. Pronto alcanzarás un límite y no irás más allá.

Quien carezca de consideración y reflexión, persiga únicamente la técnica y confíe en sus propias facultades nunca llegará más allá de ese nivel.

Las facultades deben salir del *kokoro*, del valor del alma o del ser. Embriagado por el aprendizaje de la técnica, uno se desvía del camino y del principio fundamental. Se extravía. Entonces tales habilidades pueden convertirse incluso en perjudiciales. Reflexiona sobre lo que acabo de explicar y entrénate en ello”.

El siguiente en adelantarse, un gato atigrado de porte imponente, relató a su vez su entrenamiento.

“A mi juicio, en las artes marciales se valora sobre todo el *kizen*, la energía originaria de todas las existencias. Por ello, durante largo tiempo me he ejercitado en el *ki*.

Actualmente, mi fuerza interna es muy potente, llena de *ki* que colma cielo y Tierra. En un combate, primero aplasto a mi contrincante con el *ki*, como si lo tuviera dominado ya bajo mis zarpas; después entro en combate: atento en advertir la voz de la presa, reacciono con mucha agilidad ante cualquier sonido o movimiento imperceptible, siempre he sido capaz de reaccionar ante cualquier cambio de la situación.

En cuanto a la técnica, surge sola sin que tenga que recurrir a la reflexión. Con tan sólo una mirada mía caen las ratas que corretean por las vigas. Sin embargo, esa rata feroz se movía de tal modo que no podía detectar su movimiento, tanto si se acercaba como si se alejaba de mí. ¿Qué pasó? No lo entiendo”.

“Tu entrenamiento ha sido una mera aplicación del *ki* al arte y a la técnica, considerándolo como algo bajo el control de tu mente (*kiryoku*), como un poder voluntario (*kihaku*), una disposición del espíritu vehemente, un *kiai*.

Esto es confiar demasiado en el propio talento. No es el estado interior más adecuado. Si intentas abatir a tu contrincante, él a su vez te atacará. Si es muy fuerte e imposible de subyugar, por mucho que quieras vencer, ¿a qué vas a recurrir? Si intimidas al enemigo con tu poderío, con la fuerza de tu *ki*, él del mismo modo te impondrá su fuerza del *ki*, su poderío. Si no logras dominarlo, ¿qué sucederá? Además, ¿cómo sabrás si tú eres fuerte y tu enemigo débil?

Bien es cierto que es manifestación del *ki* todo lo que nos hace sentir una sensación de grandeza y fuerza, de algo que llena tanto el cielo como la Tierra. Tu estado, aparentemente, se asemeja al de *kozennoki* mencionado por Mencio. Existe, sin embargo, una diferencia. El *ki* del que habla Mencio se refiere al ánimo sano, fuerte y vigoroso sostenido por un alma (*kokoro*) abierta, despejada y despreocupada. En cambio, tu ánimo fuerte y vigoroso se basa en una disposición interior esforzada, vehemente, violenta (*ikioi*). En razón de esta diferencia, el contenido de tu acción y su desarrollo así como tu talento resultan de otra naturaleza. La diferencia es la que hay entre la fuerza del caudal constante y abundante de un gran río y la de una riada que lo devasta todo en una sola noche.

Si tu adversario no se doblega ante la fuerza de tu *ki*, ¿qué puedes hacer? Conoces el refrán “Ratón en aprieto es enemigo peligroso”. El ratón perseguido por el gato se halla en una situación de vida o muerte. Como no puede asirse a nada, en él desaparecen los pensamientos acerca de la supervivencia, el deseo de querer vivir, ya no acude a su mente la noción de ganar o perder y tampoco concibe el sentimiento de preservar su vida. En tal situación, todo su cuerpo está concentrado en hacer frente al gato. Por esta razón, su disposición anímica

es tan fuerte como el acero. A un contrincante así no se le derriba ni con tu fuerza del *ki*.

El gato siguiente, de edad ya avanzada, tenía el pelo gris. Se adelantó con calma e, inclinándose, manifestó lo siguiente:

“En verdad es así. Por mucho que esté colmado y pleno, mientras lo ponga al servicio de la actividad mental o de la disposición anímica (*kokoro*) transformándolo en *kiai* o en *kihaku*, este tipo de *ki* adquiere una forma tangible. En cuanto adopta alguna forma, incluso muy sutil, el contrincante enseguida lo percibe.

Por ello, mi entrenamiento durante años ha consistido en entrenar mi disposición anímica, el *kokoro*. Sin dejarme dominar por la fuerza del *ki* o confiar en ella, como el *kiai* o el *kihaku*, en cualquier situación siempre he procurado no concebir pensamiento de lucha alguna; me armonizo, me hago uno con el adversario, le respondo amortiguándola. Mi arte consiste en recibir las piedras que me tira con una tela. Por ello aunque una rata se me envalentone, jamás logrará convertirse en mi adversario.

Con todo, la rata de hoy, que no se había rendido ante la fuerza del *kiai* ni del *kihaku*, tampoco respondió a la táctica de la armonía. Parecía tan intangible como una divinidad. Nunca vi nada semejante.

El gato viejo le contestó:

“La armonía (*wa*) de la que tú hablas no es la armonía natural, sino una conciliación astuta nacida de tu pensamiento. Si intentas desviar o engañar el *ki* agudo y hostil del adversario, si en ti reside la menor intención, él percibe tu movimiento psíquico al instante. Cuando buscas la armonía a través de tu actividad psíquica (*kokoro*), se entorpece y debilita la actividad natural del *ki*. Cuando se actúa consecutivamente a un pensamiento se ciega la sensibilidad natural, ¿cómo podría surgir tu actividad innata tan extraordinaria en su eficacia?

Más simplemente, se trata de dejar en suspenso la actividad psíquica y mental, no recurrir a ella. Al actuar siguiendo el sentir del cuerpo y sus funciones innatas, no aflora el yo, no hay forma. Al no asomar el yo, tampoco se produce una relación antagónica con el adversario: bajo el cielo no existe el antagonismo.

Ahora bien, el entrenamiento que todos habéis practicado no ha resultado vano. Dado que forma y proceso se hallan estrechamente trabados, lo que se revela en un contexto concreto es la forma, la postura, en otras palabras, la vasija; pero el origen de la manifestación es el *tao*. Lógica y naturalmente, la vía (o proceso) se halla encerrada en la forma misma, en la postura o vasija. Dicho de otro modo, la forma y la postura encierran el principio fundamental.

Por otra parte, el *ki* individual es la fuerza motriz de la persona. Por ello, si tu *ki* está colmado, tu conducta no perderá fluidez ante cualquier situación. Del mismo modo, si debes armonizarte con un adversario, no te será necesario desplegar fuerza en la lucha. Por lo tanto, nunca sucederá que no puedas responder ante una dificultad cualquiera.

Ahora bien, si respondes al adversario o a la situación con algún designio, por mínimo que sea, y no actúas con la espontaneidad del *Mushin*, con la mente vacía, la conciencia de uno mismo se manifiesta en consecuencia de la intención tanto en el ambiente como en el comportamiento. En tal caso, lo manifestado no es fruto sustancial y espontáneo del *tao*, la vía propiamente dicha. Entonces es cuando se rompe la interrelación natural entre el yo y los demás y se producen las ideas y los pensamientos que convierten al contrario en antagonista.

¿Qué arte ha sido el mío con la rata? Simplemente me he movido en el estado de *Mushin*, con la mente vacía y sin la menor intención. Si bien me expreso de esta manera, afirmo también que esta vía no conoce término, es inagotable; lo que acabo de explicaros no debe considerarse como el arte supremo o una técnica absoluta.

Años atrás conocí a un gato que vivía en un pueblo vecino. Se pasaba el día dormitando, sin mover una pestaña. Parecía esculpido en la madera. Jamás nadie le había visto cazar nada. Eso sí, allí nunca había ratas. Dondequiera que se trasladara, allí tampoco asomaban éstas. Intrigado, fui a consultarle sobre esta singularidad. No me respondió; insistí cuatro veces y siguió sin contestarme. Entendí que no era que se negara a contestar, sino que él mismo no conocía la respuesta. Fue para mí la ilustración del dicho: "Quien sabe no habla, quien habla no sabe".

El gato aquél se hallaba olvidado de sí mismo, de su propia existencia y libre de toda atadura, vivía en el estado "vacío". Sus virtudes en el arte marcial alcanzaban la eminencia de lo divino, pues se hallaba a las alturas de "vencer sin matar". Mi propio nivel dista mucho del suyo".

Shoken se hallaba sumido en la plática del gato viejo. Entonces él también se adelantó, se inclinó y preguntó:

"Durante largos años he practicado el arte de la espada (*kenjutsu*), pero aún no he alcanzado el arcano de esta sapiencia. Esta noche, a medida que escuchaba el relato de cada gato respecto a su forma de entrenamiento, empecé a vislumbrar la esencia de la sabiduría. Estoy deseoso de aprender de vuestra sabiduría la quintaesencia del arte".

El gato viejo le respondió:

“Pertenezco a la raza felina: cazar forma parte de nuestra naturaleza, de ello depende nuestro sustento. ¿Cómo podría dar pautas acerca del mundo de los hombres? Con todo, algo he oído acerca de él.

El arte de la espada no es una práctica destinada a vencer a un contrincante. Su entrenamiento lleva a distinguir claramente entre la vida y la muerte cuando uno se halla en una situación de tal alcance. El samurái, el caballero, debe cultivar su disposición anímica, el *kokoro*, para que en él esté presente en todo momento la conciencia de la vida y de la muerte.

Sumergido en esa conciencia uno es capaz de enfrentarse a cualquier problema y resolverlo. Puede hacer frente a cualquier tipo de situación mientras su disposición anímica no se incline, no vacile, no dude ni se tambalee; mientras no recurra ni a las herramientas mentales ni al talento personal; mientras se halle el *ki* sosegado, lejos de todo condicionamiento del entorno, manteniendo siempre los ánimos en paz y quietud.

En cuanto asome la más leve voluntad en el estado anímico, ésta se transforma sin que nos demos cuenta en algo tangible, se vuelve perceptible.

Así es como surgen el adversario y el yo consciente de uno mismo. De ellos nace la relación antagónica, el conflicto. En tal caso ya no se responde a un suceso con congruencia. Cuando sea así, ¿cómo podrá uno situarse pertinentemente en la lucha? Si gana, será por mera casualidad, pues ésta no es la postura propia y verdadera en el arte de la espada.

Cuando hablo de los impedimentos causados por la actividad mental no estoy negando por ello el ejercicio mental ni estoy negando por ello el ejercicio de la misma mente. En su origen la mente se halla libre de las formas derivadas que va creando. Por esta razón no debe dejarse atrapar por ellas. Cuando la mente se halla cautiva de un deseo, por muy sutil que sea, el *ki* queda atrapado y cautivo también. Si el *ki* se inclina mínimamente en una dirección, ya no lo abarca todo por igual: hacia donde se inclina, se excede; en el sentido opuesto, falta. Cuando se excede, el impulso del *ki* se vuelve excesivo e irrefrenable. Allí donde falte, actúa. Tanto en el primer caso como en el segundo, no se puede corresponder con pertinencia.

El estado mental sin condicionamientos del que hablo es el estado en el que no existe ningún tipo de pensamiento deliberado, ninguna inclinación del *ki*, ni yo ni enemigo: tan sólo hay el moverse y actuar con total naturalidad en correspondencia con las circunstancias de cada momento, ni más ni menos.

En Eki-Kyo se dice: ausente de todo pensamiento, toda intención, la mente sin perturbación, calmada y sosegada, sintiendo con naturalidad, no hay nada a lo que no podamos responder. Si se mantiene conforme a este principio, quien practica el arte de la espada no estará lejos de alcanzar la verdad del arte”.

Shoken preguntó entonces al gato viejo: “¿Entiendo bien? ¿No hay contrincante ni tampoco hay un yo, no hay sujeto ni objeto?”

El gato respondió:

“El yo engendra al adversario. Desaparecido el yo, desaparece el enemigo. El enemigo es fruto de una relación de antagonismo por parte del yo. Es lo mismo que la relación entre la luz y la sombra o el agua y el fuego. Todo lo que posee forma tiene su opuesto, su contraforma. Por ello, si en tu mente no existe ninguna “figura”, no se produce su contrario, es decir, no hay contrincante. Por todo ello se dice: “Libre del yo y del enemigo”.

Si uno consigue vaciarse el *kokoro* y la mente del objeto y del yo, de un objetivo o del querer, del pensamiento que cautiva la mente, o sea, del ego, todo lo cual es causa del antagonismo; si la mente se encuentra sosegada y transparente, es decir en estado de *Mushin*, vacía y despejada, el yo y el mundo antagónico se armonizan y unifican, se convierten en un todo. En tal caso, suponiendo que venza a algún adversario al que se enfrenta, el yo consciente no sabrá explicar cómo se ha movido y comportado, ni cómo ha vencido. No es que uno no se entere de nada: simplemente te mueves sin ataduras y espontáneamente siguiendo unas sensaciones no conscientes y ausentes de pensamiento, libre del deseo, sin pretenderlo, naturalmente.

Cuando la disposición anímica (*kokoro*) se halla sosegada, transparente y calmosa, libre de todo condicionante, el entorno y el ego se funde en un todo: entonces puedes apoderarte del mundo exterior. Esto significa que la mente se halla libre de conceptos y juicios antagónicos sobre el valor, lo bueno y lo malo, etc. El estado interior que busca la comodidad o las ventajas y evita el sufrimiento o los inconvenientes es producido por la propia actividad psíquica. Por muy anchos que sean el cielo y la Tierra, tan sólo podemos contar con nuestro propio ser y nada más.

En tiempos remotos un sabio dijo: “Una simple mota de polvo en el ojo y dejas de percibir el entorno”. Se puede vivir una vida tranquila y sosegada cuando la psique se halla despojada de condicionamientos y la cabeza libre de pensamientos. Tan solo una mota en el ojo no te deja abrirlo y pierdes la capacidad de percibir el mundo. La vista actúa porque está libre de impedimentos, pues las impurezas la enturbian. Otro tanto puede decirse de la mente: el *kokoro* funciona del mismo modo. Ese mismo sabio añadía: “sitiado por un millón de enemigos, tu forma o figura resultará insignificante e ineficaz, pero su multitud no podrá con tu *kokoro* que sigue estando dentro de ti. Nadie podrá con él”. También Confucio decía: “A nadie puede arrebatársele su ser. Pero si vacilas, tu duda ayuda al enemigo”.

El viejo gato añadió:

“Esto es todo. No hay más que eso. Más allá, sólo existe el camino del coloquio interno, las preguntas y respuestas que se hallan dentro de uno mismo. Las respuestas las debes hallar tú.

Los maestros dicen que se puede responder a cualquier situación dejándose ir, de acuerdo con la capacidad del *ki*, que es la causa de nuestra existencia. No nos enseñan otro principio. Tan sólo depende de nosotros que sepamos integrar el sentido de su enseñanza. Esto es el *jitoku*, es decir, “el aprender de nuestra experiencia propia”. También se dice *ishindenshin*, es decir, “la comunicación de corazón a corazón, y no a través de las palabras o de los escritos”. También se llama *kyogaibetsuden*, “la comunión liberada de cualquier enseñanza verbal”. Todo ello no significa que no exista enseñanza. El sentido verdadero está más allá de lo que pueda enseñar un maestro. No hay otro camino que el del *jitoku*, el aprender de la propia experiencia, del *ishindenshin*, de la comunicación directa de psique a psique sin palabras ni doctrina, y del *kyogaibetsuden*, la enseñanza silenciosa. Esto no sólo pertenece al mundo del zen, tanto vale para la enseñanza de un sabio como para los principios esenciales de cualquier arte.

La enseñanza consiste en orientar al alumno para que se dé cuenta de lo que está en él mismo y no logra descubrir a pesar de su diálogo interior. No se trata de recibir una enseñanza formal sobre determinados contenidos: uno mismo debe aprender de la propia experiencia del *jitoku*.

Para un maestro resulta muy fácil impartir doctrina y dar consignas. Para el alumno también es muy fácil escucharlo. Pero descubrir y aprender por experiencia propia lo que se halla dentro de uno mismo y apoderarse de ello, allí se halla la máxima dificultad.

A esto lo llamamos *kensei*, es decir, “el descubrimiento del ser y de sus facultades propias”. Esto es el *satori*, darse cuenta de que nuestros pensamientos e ideas son pura ilusión, conocer la verdad del ser. Es lo mismo que *mezameru*, “el despertar”. Todo es una sola cosa”.